

HOMENAJE A LA REPÚBLICA Y A MANUEL AZAÑA

MONTAUBAN, 4 DE ABRIL. DÍA DE SENSACIONES.

Adolfo Pastor
Desaparecidos
La Gavilla Verde



Cuando el Presidente de la AMHD BAIX LLOBREGAT, organizador de nuestro viaje a Montauban me dio las últimas consignas, algunos consejos, especialmente impactantes para mí fueron sus palabras, al decirme que, en el acto de homenaje, y dentro de los saludos protocolarios, me nombrarían como representante de La Gavilla Verde.

Me siento anonadado, le dije a mi buen amigo y Presidente de nuestra Asociación.

La noche anterior a la salida, como en muchas otras ocasiones, mi hija, su compañero y mis nietos estaban en casa durmiendo. A las dos de la mañana, el pequeño, de año y medio, nos despertó con sus infantiles llantos reclamando a su “mama”. Todos acudimos en su ayuda, preparando la “llet calenteta” calmadora de desasosiegos infantiles. Todo en orden de nuevo, cada cual volvió a su lecho y la casa se volvió a sumergir en el silencio.

Pero a mí me resultaba difícil volver a coger el sueño. Pasaba la noche y, con los ojos cerrados, la oscuridad me abría ya las nuevas sensaciones que adivinaba. Con sigilo, y sin hacer el más mínimo ruido, me levanté, pasé por el baño, me vestí entre penumbra en el comedor, donde había dejado preparado todo por la noche, abrí la puerta de la escalera, la cerré silenciosamente y bajé las escaleras de puntillas.

La madrugada era tranquila. Las calles estaban preparadas para recibir a cuantos quisieran transitarlas. Para mi traslado hasta el punto de encuentro, pensé en los autobuses y en el metro, pero ambos medios todavía dormían en aquellas horas, al menos los de mi barrio.

Faltaba mucho tiempo para que saliera nuestro autocar, y aunque la Plaza España estaba muy lejos, pensé que, paso a paso, podría llegar sin mayor esfuerzo. Pasaban taxis con la luz verde encendida más que con pasaje, y pensé que en caso de cansancio, o si se consumía mi tiempo, podría echar mano de alguno de ellos.

Una chica, dos, un chico y tres chicas, de vez en cuando, grupos de jóvenes que salían de sus lugares de diversión, me hicieron proseguir, por vivir ni que fuera durante un corto espacio, la noche juvenil de Barcelona. Por ningún lado observé nada extraño ni sentí aquella inseguridad que, a veces, las negras noticias te sugieren. Los jóvenes se divertían de la forma más sana posible y los grupo se sucedían en su ir y venir nocturno.

Un chaval cumplía, disimuladamente, con sus necesidades mingitorias en un rincón tenebroso, aunque no me pareció sino gran urgencia y no falta de civismo. Por allí no descubrí ningún bar abierto ni establecimiento público alguno, donde pudiera llevar a cabo sus necesidades fisiológicas.

Poco a poco, iba atravesando Barcelona, sin prisas pero también sin pausas. Gràcia, carrer Gran, Via Augusta, Diagonal...Seguía encontrando jóvenes. Disimuladamente, espiaba sus conversaciones al pasar. En general hablaban Castellano, pocos lo hacían en Català, alguna pareja en Inglés. Pensé en aquellas personas que sienten, en conciencia, necesidad de denunciar la persecución del castellano en Catalunya. Qué atrevido es el desconocimiento de las cosas y qué malas son las intenciones torcidas!

La noche por mi camino era de los blancos, vi poquísimos negros o de otras razas. Pensé que la integración todavía no se ha completado. El día nos muestra una cosa, pero la noche es diferente.

Dejé la estación de Sants a la derecha, torcí hacia la izquierda y bajé hasta el final de mi trayecto. Todavía me sobró más de un cuarto de hora. Vi dos hombres sentados cerca de las columnas venecianas, punto de encuentro. Efectivamente iban a Montauban. Uno de ellos sería después mi compañero de viaje. Esperamos, charlando, hasta que llegó el autocar. Subimos, saludamos y partimos.

La nieve del Canigó, al amanecer, nos certificó que estábamos en Francia. La conversación con mi compañero de asiento, iba acertando el viaje. Llegamos a Montauban. Banderas tricolores y fervientes republicanos nos esperaban con entusiasmo contagioso. Empezaba la retahíla de nuevas sensaciones. Nuestro organizador nos repartió banderas republicanas y catalanas. Pequeñitas a la mayoría, pero a algunos nos dio una gran bandera con mástil. Yo era una de esas personas premiadas por ser el representante de La Gavilla. Seguía recibiendo sensaciones que continuaban mi anonadamiento.

Unimos nuestras banderas a las que nos esperaban y, entre sonrisas, saludos y emociones, partimos en comitiva siguiendo a los que abrían la marcha, por las calles del pueblo. Por el camino, otra sensación imborrable fue poder saludar a José Antonio Alonso, el comandante Robert. Me hice una fotografía con él y me comunicó que sería muy difícil volver a Las Jornadas.



La comitiva llenó la Plaza de M. Azaña donde, todos emocionados, recibimos unos saludos de bienvenida. Los flashes se disparaban para inmortalizar todos estos actos imborrables de este gran día. Acabado este primer acto, nuevamente emprendimos la marcha hacia el cementerio. Por el camino se sucedían las sorpresas al contemplar caras conocidas, en su mayoría por habernos encontrado en Las Jornadas de Santa Cruz de Moya.

Las palabras ante la tumba del mayor representante de la República se fueron sucediendo entre el entusiasmo de los presentes. Mi bandera se erguía al viento, elevada sobre las cabezas de los asistentes, justo delante de la tumba de D. Manuel Azaña. A mi lado, otra asistente a pasadas Jornadas de Santa Cruz de Moya era una de las dos abanderadas que hacía guardia junto a la tumba.

Mientras escuchaba las palabras de las diversas personalidades, especialmente la de nuestro representante, la emoción me embargaba imaginando los últimos días de aquella gran personalidad incomprendida, máximo representante de las ideas republicanas, exiliado entonces y exiliado todavía ahora. Imaginaba cómo debía llorar de impotencia ante la situación injusta a la que había llegado nuestra patria. Imaginaba también las torturas, los sacrificios y la muerte de tantos y tantos exiliados y de tantos y tantos luchadores que entregaron su vida por defender las ideas de igualdad, justicia y solidaridad republicana. Me sentí más impelido todavía a proseguir la lucha por recuperar su memoria, y sobre todo por luchar para que aquellos ideales nos guíen en adelante.

Subió a la tribuna una persona emocionada. Nunca había contemplado un acto como el que estaba contemplando en el que se homenajeaba la República, a aquel gran presidente y también a todos los que por ella lucharon. Cuando acabó sus palabras y bajó de la tribuna, no pude menos que acercarme,

saludarlo y decirle que si quería contemplar un acto parecido, se acercara al homenaje que cada primero de Octubre celebramos en Santa Cruz de Moya. Allí espero encontrarlo en años sucesivos a esta persona y a tantas que emocionadas nos hemos encontrado en este acto de imborrable recuerdo de Montauban.

La comida fue otro acto de hermanamiento entre muchas personas anteriormente conocidas o unidas por la amistad en adelante. Palabras y poemas. Charlas emocionadas. En Santa Cruz nos encontraremos. Acabada la comida, nos teníamos que trasladar al campo de concentración de Septfonds, pero el autocar nos traicionó. Después de mucho tiempo de espera salimos hacia el campo con otro autocar francés, mientras los conductores del nuestro intentaban arreglarlo.

Después de pasar por la estación adonde llegaban los exiliados españoles, y de la que después salieron muchos hacia los campos de exterminio nazis, seguimos el camino que ellos seguían hasta el destino final; ellos de pie, con hambre, enfermos, medio descalzos, helados de frío...nosotros en autocar. Pudimos contemplar los extensos campos verdes donde desde el 1939 estaba Septfonds. Pudimos entrar al barracón construido a semejanza de los que albergaron a los perdedores de la guerra. Cerrando los ojos, podíamos sentir el respirar de tantos hombres, mujeres y niños que padecieron lo indecible en aquellos barracones.

La noche se nos echó encima y no pudimos visitar el cementerio, como estaba previsto, donde hay enterrados muchos de aquellos exiliados españoles que no pudieron resistir las enfermedades del hambre, la fatiga, el cansancio, el sufrimiento y la desmoralización. Subimos al autocar y volvimos a Montauban ya anocheado. El autocar nuestro no se podía arreglar. Después de otras esperas, salimos en el autocar francés de vuelta a Barcelona, cargada nuestra memoria de inmensas sensaciones imborrables.



Por el camino se hicieron las paradas reglamentarias, según las normas de los conductores franceses. En alguna de ellas aprovechamos para cenar o tomar algo.

La noche transcurrió entre sueños, película y visitas a las estaciones de servicio.

Ya de madrugada, el autocar hizo la primera parada en Barcelona. Nos apeamos unos cuantos, saludamos, partió el autocar y partió cada cual hacia su casa. Lo mismo que la madrugada pasada, me sentí con ánimos de hacer el camino a pie.

Las sensaciones que sentía por el camino hacia Can Baró eran muy diferentes a las que había sentido camino de la Plaza España.

Nunca agradeceré bastante el haber podido representar a nuestra Gavilla Verde y al presidente de la AMHD del Baix Llobregat el haberme invitado. Las sensaciones almacenadas durante este día memorable no se borrarán de mi mente con facilidad.